

Existe sobre la tierra aquella obra indestructible en que el Señor quizo hacer ostentacion de su poder y de su misericordia y contra la cual lucharán en vano hasta el fin de los tiempos las potestades de las tinieblas: no se extinguirá jamás la luz que encendió sobre la tierra el Verbo Eterno para que iluminara al mundo. Ya en otra vez llamamos la atención de nuestros lectores sobre la observacion que hace S. Juan Crisóstomo acerca del modo de hablar del divino Maestro cuando anunció la fundacion de su Iglesia. El mismo que en otras ocasiones condescendiendo con nuestra debilidad y para probarnos la realidad de la humana naturaleza que había tomado para salvarnos, se dignó dirigir oraciones al Padre antes de ejecutar las obras estopendas de su poder divino, cuando trató de la fundacion de su Iglesia no dijo que ocurriría á la oracion, ni que invocaría para tan grande obra á su Padre celestial, sino que con toda autoridad y manifestando que lo haría todo con poder que le era propio; dijo á S. Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: y te daré las llaves del reino de los cielos.» Debemos por lo mismo entender que en la Iglesia y por medio de la Iglesia habrá de ostentarse de un modo visible y extraordinariamente admirable el invencible poder del Altísimo.

Segun esto: ¿qué debemos pensar de los trastornos, de los errores y aun de las persecuciones mas furiosas en contra de la Religion? Mirando todo esto con ojos cristianos no podremos descubrir en ello otra cosa sino las olas embravecidas del mar de este mundo que agitarán á la Iglesia de Jesucristo, pero jamás podrán sumergirla; lo cual encontramos magníficamente figurado en el Evangelio cuando nos refiere que la navicilla de S. Pedro en medio del mar era agitada por las olas. Nunca es tan hermosa la luz del sol como cuando el astro del dia se deja ver entre negras nubes que ocultan el cielo á nuestras miradas; nunca es tan esclarecida la gloria de un ejército como cuando ha obtenido la victoria mas difícil: mas la Iglesia es la luz del mundo por su enseñanza, es el ejército del Señor por el invencible valor con que lucha contra el mal; por lo mismo, los errores que pretendieran ocultar para siempre la verdad á la vista de las inteligencias, no harán otra cosa sino que ella brille con mas esplendor en el magisterio incorruptible de quien siempre la ha de conocer y siempre la ha de enseñar al mundo; así como tambien no harán otra cosa los combates á la Iglesia, sino proporcionarle las ocasiones de adquirir triunfos mas y mas espléndidos.

La Iglesia triunfará, no lo dudemos. Tendríamos motivos para vacilar si las fuerzas con que ella contara fueran las que el hombre puede sacar de su propio fondo: si así fuera, ni aun lugar habria para que alguno se propusiera la cuestion de si la Iglesia saldrá ó nó victoriosa de sus luchas actuales; pues ni habria llegado ella al siglo XIX, y si mil existencias hubiera tenido, todas las habria perdido mucho antes de poder tocar á la época presente. Si la Iglesia contara con fuerzas puramente humanas, ni aun se habria establecido jamás sobre la tierra. Pero ella está apoyada en la fé de las divinas promesas y tiene de su parte el auxilio del Omnipotente. ¿Qué importa que los errores se multipliquen sin limite, y derramen su veneno por todas las ciencias, y se propaguen por la prensa con rapidez in-

creible, y amenazen invadirlo todo? ¿Qué importa que los gobiernos todos del mundo se declaren hostiles ó indiferentes á la causa de la Religion? ¿Qué importa que los enemigos todos de la verdad, de cualquiera denominacion que sean, protestantes, masones, espiritistas, indiferentes, panteistas, deistas, ateos, etc. hagan todos un solo esfuerzo para hacer desaparecer á la Iglesia de Jesucristo? Tambien en los primeros tiempos dominaban en el mundo los errores, y dominaban absolutamente, lo cual ahora está muy lejos de suceder, porque entonces segun la expresion de Isaías y segun el testimonio irrecusable de la Historia, *las tinieblas habían cubierto la tierra y la oscuridad á los pueblos.* Tambien en los primeros tiempos se coligaron contra la Iglesia todos los enemigos de la verdad, filósofos, y políticos, y sacerdotes de los falsos cultos; y en los primeros tiempos las potestades del siglo lucharon por trescientos años para ahogar á la Iglesia en la sangre de sus propios hijos. ¿Y cuál fué el resultado? La Iglesia triunfó de los errores y de todos los defensores del error, y dejó establecido sobre la tierra el imperio eterno de la verdad. ¿Creemos que sean mas difíciles nuestras circunstancias que lo que fueron las de aquellos tiempos? Pero si alguno insiste en que son mayores hoy las dificultades, podremos decirle que aun cuando así fuera, esas diferencias solo pueden aterrar al hombre que es miserable y pequeño; pero nada son ante la Omnipotencia, pues para un poder infinito no ya son pequeñas ó despreciables las dificultades, sino que en lo absoluto no existe ninguna dificultad y todas las cosas le son igualmente fáciles. Con la misma facilidad sacó Dios de la nada un grano de arena y nuestro admirable ser humano y el encumbrado ser de los mas elevados espíritus angélicos: con la misma facilidad cuida Dios de las flores del campo y de los hombres en quienes brilla la inteligencia: con la misma facilidad reprime Dios el mas insignificante desarrreglo moral de un niño y la insupportable soberbia del ángel rebelde que dijo en su corazón: «Yo subiré hasta el cielo; sobre los astros de Dios exaltaré mi trono.... seré semejante al Altísimo.» Pues así tambien, supuesto que Dios tiene determinado sostener á su Iglesia hasta el fin de los siglos y ha prometido que no prevalecerán contra ella las soberbias puertas del infierno, allanará con igual facilidad todos los obstáculos, y sacará victoriosa á la Iglesia del mismo modo de la locuacidad ridícula de un ignorante y de los esfuerzos de las primeras inteligencias que se propongan enseñar el error, del mismo modo de la heregia mas insignificante y del desencadenamiento de todos los errores. Tengamos fé en las divinas promesas, imitemos en esta virtud al Padre comun de los fieles. ¿Quién ha oido de sus lábios palabras de desaliento? Ese venerable anciano, despojado, destituido de los recursos humanos, rodeado de obstáculos para el régimen de la Iglesia, no habla sino de confianza en Dios y espera con serenidad el triunfo de la Religion. Oigamos como se expresa en su última alocucion exhortando á toda la cristiandad á dirigir sus oraciones al Ser Eterno por el remedio de los males actuales:

«Cuando se nos retiran cada dia mas y mas los auxilios necesarios á nuestro ministerio supremo; cuando se acumulan diariamente injurias sobre injurias contra las cosas y personas sagradas; cuando los perseguidores de la Iglesia, nacionales y extrangeros, parece que se ponen de acuerdo y unen

sus esfuerzos para coartar del todo cualquier ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, y quizá expresamente para impedir la libre elección de aquel que deba sentarse como Vicario de Jesucristo en esta cátedra de Pedro; ¿qué nos queda ya, sino recurrir con más instancia y empeño á Aquel que es rico en misericordia, y no abandona á sus siervos en el tiempo de la tribulación? Y en verdad, que ya se muestra claramente la virtud de la Providencia divina en la perfecta unión de todos los Obispos con esta Santa Sede, en su nobilísima firmeza contra las iníquas leyes de usurpación de los sagrados derechos, en el intensísimo amor de todos los católicos á este centro de unidad, en aquel espíritu vivificante, por el que la fé y la caridad fortalecidas y acrecentadas en el pueblo cristiano, aparecen por donde quiera, en obras dignas de los más felices tiempos de la Iglesia. Procuremos, pues, con esfuerzo acelerar el deseado tiempo de la misericordia: todos á una y en todo el mundo cuán grande es, empenémonos en hacer á nuestro Dios una piadosa violencia.»

Triunfará la Iglesia y aparecerá esclarecida después de la prueba; pero no solo esto, sino que también es y será esclarecida durante la misma prueba. En efecto, para todo hombre pensador es sublime el espectáculo que ofrece la Iglesia católica guardando los elementos de vida intelectual en medio del total desconcierto que caracteriza los extravíos de nuestra época. Toda inteligencia que desee salvarse, por precisión tiene que adherirse á la enseñanza de esta Iglesia; fuera de ella está la muerte. ¿Creemos que quedaria incólume en el desenfreno de los errores actuales siquiera el más santo de los principios morales ó religiosos; que se contaría con un punto de apoyo cualquiera para poder levantar con solidez el edificio de los conocimientos humanos? Muy poca idea tendria del carácter de los errores que se han desarrollado después del protestantismo, quien imaginara que estos algo respetaran, algo dejaran de conmover. A todo se ha extendido la audacia del error. ¿Dejaria intactas las bases fundamentales de la moral? ¿Pero cómo pudo ser esto cuando desde el principio mismo del protestantismo se empezó á enseñar que Dios nos miraba justos por simple imputación de justicia aunque el pecado no se separara jamás de nuestra alma, que son inútiles las obras buenas, que el hombre no tiene libertad, que Dios es autor del pecado? ¿Cómo no se han de conmover las bases fundamentales de toda moral y de toda religión sentando como lo han hecho los filósofos impíos, que no hay diferencia esencial entre el vicio y la virtud, que las ideas de la una y del otro tienen su origen en las preocupaciones ó invenciones humanas ó en las prescripciones de las leyes, que el gran principio de moral es la utilidad ó el desarrollo, que Dios no cuida de las acciones de los hombres ni tiene providencia alguna de sus criaturas, que los premios y los castigos de la vida futura no pasan de ficciones útiles á lo sumo para reprimir á los ignorantes, que no hay en el hombre un ser espiritual, no siendo él otra cosa sino materia organizada, y por consiguiente debiendo para él acabar todo con la muerte? ¿Y cómo es posible ni aun concebir el orden intelectual que tiene por base la necesidad absoluta de lo verdadero, cuando la filosofía panteísta en los excesos de su locura ha querido identificar al Ser necesario con los seres contingentes, y ha negado la existencia de una inteligencia infinita real y sustancialmen-

te distinta de nuestra defectible inteligencia, y ha pretendido sustituir con la idea de una necesidad fatal que llama ley del progreso, la grandiosa idea católica de un orden concebido por la Eterna Sabiduría que llegara por último á su perfecta realización, y ha avanzado hasta negar la diferencia esencial entre la verdad y el error, sentando que el espíritu humano en todos sus cambios no hace otra cosa sino pasar de unas verdades á otras más perfectas y que todo lo que hasta ahora se ha llamado error no es más que una verdad en estado incompleto? Confundidas de esta manera las nociones más sencillas de lo verdadero y de lo falso, estableciéndose también por la misma filosofía la identidad de lo necesario y lo contingente, y también íntimas relaciones entre el ser y la nada abusando para esto del modo más torpe de las ideas de los signos algebraicos, ¿cómo sería posible ciencia alguna? Serian nuestros conocimientos simples actos emanados de la naturaleza de nuestro ser y nada más; pero todo aquello que ennoblece al ser racional, lo cual no es puramente el obrar, sino el hacerse poseedor de la verdad en su razón propia y formal de verdad, desaparecerá absolutamente. ¿Y qué diremos cuando llega hasta afirmarse que el ser y la nada convienen entre sí? Tal es el abismo que han abierto en nuestros tiempos los extravíos de la inteligencia. ¿Qué sería del espíritu humano si la Providencia no hubiera colocado en manifiesto la verdad, si no hubiera establecido sobre la tierra un magisterio infalible que jamás transigiera con las veleidades humanas, y que conservara intacto el depósito sagrado de la doctrina moral y religiosa que fija á la inteligencia sobre las cuestiones de primera importancia de que depende toda ciencia y todo progreso y toda felicidad! Pero el Autor de nuestro ser racional hecho para conocer lo verdadero y cuya suprema felicidad consistirá en la intuición de la Verdad Eterna, nos ha presentado un medio fácil y acomodado á todas las circunstancias para que podamos llegar á nuestro destino sublime. Cuanto más se combate la verdad, tanto más la hace resplandecer ante todos los que no cierran voluntariamente los ojos á la luz; cuanto más desenfrenada es la libertad que se toma el error, tanto más severa ha dispuesto que sea su condenación y más enérgica la defensa de los derechos de la verdad ultrajada. Así lo ha ordenado la Providencia para bien del humano linaje: ha querido que exista siempre sobre la tierra un fiel depositario de todas las verdades de salvación, la Iglesia católica. Adhiérase firmísimamente á ella todo aquel que no quiera perecer.

Y ¿quién otro, fuera de esta Iglesia, pudiera ser el fiel depositario de la verdad que salve la religión, la moral y la ciencia y de este modo salve también al hombre? ¿Lo serán los ateos que niegan la existencia del Ser eterno, única fuente primitiva de toda verdad y de todo bien? ¿Lo serán los panteístas que identifican á Dios con el mundo y deifican al hombre, que miran como una misma cosa el error y la verdad sin más diferencia que la que puede haber de lo incompleto á lo completo? ¿Lo serán los deístas que niegan la Providencia, ó los materialistas para quienes el alma no existe, ó los indiferentes que nada miran con tanto desprecio como el negocio de la religión, ó los que identifican la moral con la utilidad etc.? ¿Lo serán en fin, los protestantes en todas sus ilimitadas divisiones y subdivisiones los cuales entienden por cristianismo una mezcla confusa de to-

das las sectas en que tienen cabida todos los errores, con tal que se proteste contra la autoridad? No, ninguno de estos puede ser el custodio de la verdad. Quien niega á Dios, quien indentifica la verdad con el error, quien riega la moral, quien mira con desprecio toda religion, quien dice que del mismo modo son cristianismo las verdades y los errores, será el enemigo, pero de ninguna manera el depositario fiel de la verdad, ni el celoso defensor de sus derechos. Mas fuera de la Iglesia católica ninguna otra cosa encontramos sino ateismo, panteismo, impiedad, materialismo, sensualismo, protestantismo, espiritismo, juntamente con el judaismo, el mahometismo y el paganismo. Luego fuera de la Iglesia está la autorizacion del error, la licencia ilimitada de errar que acabarian con toda religion, con toda moral y aun con toda ciencia, pues han minado ya las bases de los conocimientos humanos.

Pasa sin duda la Iglesia católica por una de las épocas mas brillantes de su historia. Debe hacerle justicia desde ahora todo hombre pensador y se la hará siempre la posteridad, y las ciencias todas le rendirán un homenaje de gratitud porque las habrá escapado del abismo en que pretende hundirlas la filosofía que pudiéramos llamar con propiedad la filosofía de la nada, pues la nada es el final resultado del panteismo, la nada para la moral, la nada para la inteligencia. A la Iglesia católica se deberá la salvacion de la humana inteligencia, porque ella sola es la que le conserva la verdad que es su luz y su elemento necesario de vivir. Los mismos enemigos del Catolicismo no podrán señalar en ninguna otra parte quien tenga celo por la defensa de lo verdadero, y ellos mismos contra su voluntad contribuyen poderosamente á hacer mas y mas visible, mas y mas gloriosa á la Iglesia única que guarda las doctrinas de salvacion. Cuanto mas desesperados son los ataques que le dirigen, tanto mas claro es el testimonio que dan de su fuerza inexpugnable: cuanto mas secretas y mejor combinadas son las astucias de que se valen para desconcertarla, tanto mas ponen en manifiesto el vigor de su organizacion y la sabiduria profunda con que se dirige y descubre los ardidés de sus enemigos: cuanto mas furiosas son las persecuciones que le suscitan, tanto mejores oportunidades le proporcionan de probar prácticamente al mundo que lo desprecia todo y lo sufre todo por la mas sagrada, la mas grande y la mas interesante de todas las causas que es la defensa de las verdades que enseñó á los hombres la Verdad Eterna. Precisamente lo que mas incomoda á los enemigos del Catolicismo, lo que menos pueden tolerar en nuestra Iglesia, lo que los llena de furor, que es el verla intransigible en materia de doctrina, esto es lo que mas honra y cubre de gloria. Todo hombre es intransigible cuando se considera poseedor de una verdad, á no ser que haya llegado á tal grado de estúpidez ó de malicia que sean lo mismo en su estimacion la verdad y la mentira. La Iglesia católica es intransigible en materia de doctrina porque tiene conciencia y está absolutamente cierta de poseer la verdad, en cuyo caso solo haciéndose criminal podria dejar de sostenerla. Si, la Iglesia no cede en la defensa de lo verdadero ni en proscribir el error; esto es lo que atormenta sus enemigos, pero es tambien lo único que podrá salvar á la humanidad y que salvará tambien á los hombres mas hostiles á la misma Iglesia desde luego que ellos piensen sinceramente en buscar lo verdadero.

La Iglesia perderia al mundo y pondria el sello á la perdicion de los que se han engañado si hiciera las paces con el error. La primera obra de caridad que puede ejercerse con quien se ha extraviado, es decirle que ha dejado el recto camino: es una crueldad el asegurarle por una vana condescendencia que llegará á un término feliz siguiendo un sendero que lo lleva á la perdicion. Jamás incurrirá la Iglesia en crimen tan horrible; jamás dirá que lo malo es bueno, ni que lo falso es lo verdadero. Ella siempre ha levantado la voz proscribiendo el error tan luego como ha aparecido sobre la tierra: ella, del mismo modo que á todas las demas heregias, condenó al protestantismo desde que empezaron á predicarlo sus primeros corifeos. Mas de tres siglos han pasado ya desde esa época y nada ha sido bastante para conseguir que la Iglesia ceda ni en un solo punto en sus decisiones irrevocables. La misma Iglesia en nuestros últimos tiempos ha reunido á sus pastores y ha pronunciado su sentencia contra los errores de la filosofía panteista y de la irreligion, abismo funesto á que han orillado al mundo los extravios de mas de trescientos años. Solo con esta firmeza incontrastable se conservará intacta la verdad: es indefinible la volubilidad del espíritu humano; las condescendencias con él lo entregarian por completo á vagar perpetuamente perdido entre las mas lastimosas aberraciones: es absolutamente necesario oponer la constancia á su incesante variabilidad. Y ¿qué extraño es que sea constante en su doctrina quien tiene certidumbre de poseer la verdad, supuesto que la verdad es eterna é incapaz de variacion por su misma naturaleza?

Las breves observaciones que anteceden y á que podria darse un grande desarrollo, son mas que suficientes para que consideradas atentamente entienda todo hombre imparcial el interesantísimo servicio que en la época actual está haciendo al mundo la Iglesia católica y admire la grandeza de esta misma Iglesia que tan perfectamente comprende y con tanta fidelidad desempeña la altísima mision que se le ha confiado en beneficio de la humanidad. Cuando se ha dicho á los hombres: «Teneis libertad para errar á vuestro gusto, para errar sobre todo, para errar sin limites: recibid de las Escrituras los libros que os pareciere; desechad los que no fueren de vuestro agrado; entended en los que recibis lo que os dictare vuestro propio juicio: sois los árbitros absolutos de la creencia y de los preceptos á que os hayais de sujetar.» Cuando avanza la impiedad y dice: «Desechad de una vez para siempre el insoportable yugo de toda revelacion: vuestro entendimiento es soberano, y nadie puede darle leyes: formad para vosotros mismos vuestra religion, ó no tengais ninguna, si así os place; ó decid tambien, si quereis, que no hay Dios, ó que Dios es el conjunto de los seres que vemos, entre los cuales siendo el hombre superior, nadie podrá darle leyes, ni él podrá reconocer otra ley sino la que salga de su propio fondo.» Cuando no cesa de proclamar una falsa civilizacion que el gran principio de progreso es desconocer todo derecho en la verdad religiosa, nivelarla con los errores y dar á los miembros de la sociedad una licencia ilimitada para extraviarse á su contento: solo la Iglesia se pone de parte de la verdad oprimida, proclama y sostiene sus derechos, enseña que el honor y el deber imprescindible del ser nacional es abrazar la verdad y detestar el error. Y para bien de la humanidad, la Iglesia que proclama estos principios sal-

vadores es la Iglesia universal, la católica, la que extiende su acción benéfica por la vasta extensión del Universo, conservando su unidad indestructible y acumulando gloriosas conquistas, al mismo tiempo que sus enemigos por un efecto de sus principios disolventes, se dividen sin cesar, y cuanto más se dividen, tanto más se debilitan y nulifican. Prevalecerá sin duda la grande institución de la unidad sobre las innumerables entidades de la división. Verá el mundo el triunfo completo de la Iglesia.

Como en este artículo hemos manifestado la grande importancia de la fé católica en la época presente, de la cual ya habíamos tratado relativamente á otras épocas en la serie de artículos que publicamos sobre «el Catolicismo y la Fé» Damos por concluida con las presentes observaciones la materia que en los referidos artículos nos propusimos tratar y en cuya dilucidación fuimos varias veces interrumpidos por haber sido necesario ocuparnos de preferencia de los errores que sin cesar han propagado los protestantes.

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

LA PROTESTA DE LOS EMPLEADOS.

Insertamos los siguientes documentos relativos al asunto de la protesta que últimamente se ha exigido á los empleados del gobierno. En ellos se encuentra confirmada la opinión que desde el principio manifestamos sobre la ilicitud de la referida protesta:

«Nos el Dr. D. José María del Refugio Guerra, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Zacatecas.

A los Católicos de esta nuestra Ciudad Episcopal y de toda la Diócesis, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Se fiel hasta la muerte, y te daré una corona de Gloria.
APOCALIP. II, 10.

«1. Ved aquí, amados hijos nuestros, lo que nos dice el Señor en el sagrado libro del Apocalipsis y en la persona del Obispo Smyrna: Sé fiel hasta la muerte en la observancia y exacto cumplimiento de mi ley, y te daré entonces una corona de gloria por toda la eternidad. A este premio, que excede con mucho á todo encarecimiento, debemos aspirar constantemente, amados hijos nuestros; porque ¿de qué le servirá al hombre haber ganado las riquezas y los honores mundanos, como nos dice el Salvador, si al fin pierde su alma? Pero esa recompensa y premio eterno no se consigue sino mediante la fidelidad en el servicio de Dios y la perseverancia final, porque escrito está que solo será salvo el que perseverare hasta el último momento.

«2. A los Obispos corresponde, y á nadie más que á ellos, el derecho y estrechísima obligación de anunciar á los hombres la verdad religiosa y moral, enseñándoles el camino cierto y seguro de la vida eterna. Ellos han sido puestos, como dice San Pablo, para gobernar la Iglesia de Dios, y

Nuestro Señor Jesucristo les ha dicho en las personas de los Santos Apóstoles, de quien son legítimos sucesores: «Id por todo el mundo á instruir en el camino de la salud á todos los pueblos, enseñándoles á guardar todo lo que os he mandado. Como á mí me ha enviado el Padre, también yo os envío á vosotros, y á este efecto os comunico mi autoridad. El que á vosotros oye, á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia, y desprecia al que me ha enviado.»

«3. En virtud, pues, de la autoridad plena y toda divina que como Obispo tenemos, y en cumplimiento del sagrado y muy estrecho deber que nos impone nuestro augusto y santo ministerio, os dirigimos hoy la palabra, amados hijos nuestros, conjurándoos por Nuestro Señor Jesucristo, á que seáis dóciles, como lo esperamos, á las advertencias y amonestaciones de vuestro Obispo, aunque indigno y el último de los Pastores de la Iglesia. El mismo Apóstol San Pablo nos estrecha diciendo: «Anuncia la palabra de Dios con fortaleza y con intrepidez. Urge á los hombres oportunamente: reprende, suplica, amenaza, sin dejar nunca de instruirlos.

«4. Un nuevo suceso público ha venido en estos días á inquietar justamente y poner en grande alarma las conciencias de todos los buenos católicos. Sabéis muy bien por la prensa, amados hijos nuestros, que el Congreso de la Unión ha decretado con fecha 27 del mes anterior, que todos los funcionarios y empleados públicos, de cualquier orden y categoría que sean, *protesten sin reserva, los primeros guardar y hacer guardar, y los segundos solamente guardar las reformas y adiciones decretadas el 25 del propio mes.* Esas reformas y adiciones tienen por objeto elevar al rango de Constitucionales las leyes llamadas de Reforma, dándoles por esto todo el vigor y la fuerza que tiene la misma Constitución de 1857, promulgada el 5 de Febrero del propio año.

«5. Pues bien: sea que la protesta se haga de esa manera, ó como se nos ha asegurado, en los siguientes términos: *¡Protestais sin reservas guardar y hacer guardar [según el cargo de la persona] la Constitución de 1857, las leyes de Reforma y las demás que de aquella emanen?* como quiera que sea, advertimos á los católicos que no pueden, salva su conciencia, hacer semejante protesta, porque ofenden á Dios en materia grave, como lo es obligarse voluntariamente á cumplir y hacer cumplir, ó cumplir solamente cosas reprobadas por la ley de Dios y de la Iglesia. El mismo decreto que previene la nueva protesta, á nadie obliga ni apremia para que lo haga, limitándose á decir que sin ese requisito, ninguno podrá seguir en su cargo ó empleo.

«6. Los católicos, pues, deben dejarlo todo, antes que ofender á Dios: *deben ser fieles al Señor hasta la muerte*, y no traicionar la conciencia, ni faltar á sus deberes con escándalo de sus familias y de todos sus hermanos en Religión. *Buscad*, hijos nuestros muy amados, os decimos con Jesucristo: *buscad primero que todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.* No por un vil interés, ó por una conveniencia social seáis infieles á Dios Nuestro Señor, con gravísimo daño de vuestras almas. Si el Señor así lo permite, sufrid resignados y contentos, porque